

metamorfosis de la imagen de lo criollo y de lo indígena, así como de los emblemas que la sustentan. El estudio de estas diez relaciones hace posible apreciar el progresivo nacimiento de una “hispanidad americana” y sus claves de sentido.

La ciudad tapada nos habla de una urbe fascinante, cuyas calles engalanadas alegorizan la riqueza identitaria de Perú y su compleja y apasionante historia, al tiempo que, por extensión, la del continente latinoamericano:

Desde esa imagen de capital festiva, asombrada de luces y letras, concluyamos que los textos que relatan la fiesta limeña virreinal han permitido enfocar el escenario urbano como gran teatro del mundo, abreviado atlas de maravillas que sacaba al damero de su costumbre al tiempo que, paradójicamente, mantenía la fiesta como costumbre y tradición protagonizando el paréntesis anual de lo festivo, ese territorio de lo excepcional (287).

Eva Valero vuelve a demostrar, una vez más, su capacidad para hallar temas que desde los bordes o márgenes del archivo nos conducen al pasado para entender mejor el presente. Su rigurosa metodología y su escritura siempre ágil, en permanente diálogo con una completa bibliografía, hacen de este un libro de gran relevancia, que añade un eslabón más a sus excelentes trabajos sobre la Lima literaria.

Beatriz Ferrás Antón
Universitat Autònoma
de Barcelona

Jorge Coronado y Stephen McNabb, coords., *Anarquismos y marxismos en Bolivia, Ecuador y Perú. Textos esenciales*. Lima: Ediciones Achawata, 2023, 312 pp.

Con tres años de existencia, Ediciones Achawata viene cumpliendo un rol destacable en la reedición de libros centrales en la tradición andina contemporánea. Entre estos se encuentran *Huilla. Habla un campesino peruano*, testimonio recogido por Hugo Neira; *Noqaykuq kawsayniyku. Gregorio Condori y Arunta Quispe. Autobiografías*, testimonio editado por Carmen Escalante y Ricardo Valde-rrama; o *Tierra o muerte* de Hugo Blanco. En ese contexto, su más reciente publicación es *Anarquismos y marxismos en Bolivia, Ecuador y Perú. Textos esenciales*, una compilación de textos originalmente publicados entre 1901 y 1983.

La selección incluye textos de veintiocho autores. A nombres ineludibles como los de Dora Mayer (1868-1959), Manuel González Prada (1844-1918), José Carlos Mariátegui (1894-1930), Jorge Icaza (1906-1978) o Tristán Marof (1898-1979), se suman autores que requieren una mayor atención de parte de la academia como la peruana Míquelina Acosta (1887-1933), el ecuatoriano Manuel Agustín Aguirre (1903-1992) o el boliviano Cesáreo Capriles López (1880-1950). Sin embargo, a pesar del número de autores incluidos, los coordinadores son conscientes de las limitaciones naturales de toda selección. Jorge Coronado advierte que “este libro solo aspira a ser representativo, puesto que ser comprehensivo

excede en mucho sus posibilidades” (19).

El primer texto es de Dora Mayer, fundadora de la Asociación Pro-Indígena y autora de publicaciones de denuncia como *La conducta de la Compañía Minera Cerro de Pasco* (1913). El texto seleccionado es “El socialismo” (1901), donde Mayer resalta que este es un movimiento reactivo. Es decir, es una respuesta natural frente a una opresión histórica: “Quién no temería el desencadenamiento de un esclavo que tenía tantos agravios que vengar” (39). Una de las herramientas de esa opresión es la reproducción de la pobreza. A esto se refieren los textos pertenecientes a la Sociedad Agustín Azpiazu de Bolivia, como “Lo primero el pan” (1905) de Miguel Lino Urquieta (1865-1920), que reclama un derecho básico a la alimentación digna.

En su afamado ensayo “Nuestros indios” (1904), Manuel González Prada también presta atención a esa dimensión económica y señala: “La cuestión del indio, más que pedagógica, es económica, es social” (58). Este enfoque también hará eco, años después, en el pensamiento de José Carlos Mariátegui. De éste, se seleccionan ensayos que lidian con los debates ideológicos de la época, especialmente aquellos que polemizan sobre la viabilidad del marxismo. Piezas como “El determinismo marxista” (1926), “El caso y la teoría de Ford” (1927), “Yanqui-landia y el socialismo” (1927), demuestran lo atento que estaba Mariátegui a las polémicas de su tiempo. En estos ensayos, Mariátegui lee el apogeo del capitalismo en el continente como una etapa necesaria

previa al socialismo: “cuanto más plena y vigorosa se cumple [la propagación del capitalismo], conduce al socialismo, pero [Marx] entendió siempre como condición previa de un orden nuevo, la capacitación espiritual e intelectual del proletariado para realizarlo, a través de la lucha de clases” (“El determinismo marxista” 116).

La capacitación del trabajador indígena será otra de las preocupaciones en los autores que reúne este libro. Ya Dora Mayer habla de esto en 1901, señalando que con la educación los indígenas serían menos manipulables (“El socialismo” 40). El boliviano José Vera Portocarrero, impulsor de folletos para mineros traza un programa para fomentar la organización de trabajadores en su texto “Los partidos políticos y la clase obrera” (1919). Por su parte, el ecuatoriano Manuel Agustín Aguirre propaga una propuesta similar a través de la poesía, con piezas como “Llamado a los proletarios”, una especie del famoso “Proletarios del mundo, uníos” en clave poética.

La unión de campesinos y obreros es imaginada como la condición fundamental para hacerle frente a las élites económicas, a quienes constantemente se les acusa de corruptas y explotadoras, como lo hace el boliviano Constantino Aliaga en el documento programático “Las clases parasitarias” (1907). Se trata de una clase dominante que, en palabras de Manuel González Prada, es ajena al dolor e, incluso, a la muerte del trabajador, “cuando ese dolor y esa muerte les ha rendido unos soles de ganancia” (“Nuestros indios” 50). El Estado también es motivo de este tipo de denuncias, ya que se le con-

sidera el principal facilitador del sistema en cuestión. En esa línea, el sindicalista boliviano Guillermo Lora Escobar (1922-2009), en su “Tesis de Pulacayo” (1946) sostiene que el Estado no es más que un “instrumento” servil del poder económico (231).

Otro factor importante es el de los capitales extranjeros ingleses y estadounidenses que se instalan en los Andes en el marco de una economía de dependencia. El primer Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979) reflexiona sobre esto en la epístola “La realidad del Perú” (1925). También lo hace el ecuatoriano Demetrio Aguilera Malta (1909-1961) en su crónica “Canal Zone” (1935). Por otro lado, el hacendado Alfonso Pereira, personaje de la novela *Huasipungo* de Jorge Icaza, ve en los capitalistas extranjeros la solución a sus problemas económicos, pues considera que ellos “vienen a educarnos”, “nos traen progreso” (194).

En contraste con esa fascinación de las élites políticas y económicas nacionales por las culturas anglosajonas reflejadas en *Huasipungo*, algunos proyectos socialistas apuntan al rescate y reinterpretación de la cultura indígena, siendo el caso más notable el del ya mencionado José Carlos Mariátegui. En Bolivia, es Tristán Marof quien lee el pasado incaico a través de lentes marxistas en “Organización social” (1926). Más adelante, Fausto Reinaga (1906-1994) resalta la cuestión étnica por encima de la económica en su “Manifiesto del partido indio de Bolivia” (1970). En ese tiempo, Hugo Blanco (1934-2023) escribe “Tierra o Muerte” (1971), revalorando las

prácticas de “ayllu” y “ayni” en la sierra sur del Perú. También sobresale la inclusión de autores que se identifican como indígenas. Por ejemplo, el boliviano Luis Cusicanqui (1894-1977), anarcosindicalista ayмара que escribe “La voz del campesino” (1929), acusando a los “mistes del estado” de “ladrones y criminales” (176); o Saturnino Huillca, que evidencia su propia cosmovisión cuando describe la lucha contra los gamonales como una planta que “en todas partes se está expandiendo, se está enraizando” (264).

Entre otros textos están los de César Vallejo (1882-1938), que lidia con cuestiones estético-políticas; una entrevista al escritor Gamaliel Churata (1897-1969); o las reflexiones del ecuatoriano Agustín Cueva (1937-1992) sobre la literatura indigenista. Las discusiones en torno al lugar de la mujer en estos proyectos de nación aparecen en el texto fundacional “Reformas necesarias del Código Civil común peruano” (1920) de la peruana Miguelina Acosta (1887-1933) o en la boliviana Domitila Barrios de Chungara (1937-2012), quien es una crítica ácida de las ideologías que dejan de lado la dimensión económica de las mujeres indígenas de las minas bolivianas. Lamentablemente, fragmentos de *Hacia la mujer nueva* (1933) de Magda Portal (1900-1989) no pudieron ser incluidos debido a la negativa de los herederos.

Este libro es un esfuerzo colaborativo que reúne publicaciones fundamentales de la región. A diferencia de proyectos editoriales que lidian con tradiciones nacionales, este volumen permite leer una diversidad de textos a través de las fronteras de

los países andinos. Así, podemos trazar preocupaciones paralelas e identificar las particularidades de cada espacio y cada época específica. He allí su principal contribución.

Jack Martínez Arias
Hamilton College

Mabel Moraña, *Filosofía y crítica en América Latina. De Mariátegui a Sloterdijk*. Santiago de Chile: Ediciones Metales Pesados, 2018. 400 pp.

Mabel Moraña no necesita carta de presentación. Su notable trayectoria académica y amplia producción escrita la preceden y señalan como una de las intelectuales más agudas y versátiles de la crítica cultural latinoamericana. En este libro explora los vínculos entre filosofía y crítica en América Latina a partir de la consideración de que esa unión ilustrada (sobre todo desde Kant) constituye una de las marcas más representativas de la producción intelectual de la modernidad. El volumen está dividido en una introducción que describe su cartografía conceptual y dos secciones: “Biopoder, colonialidad y emancipación en América Latina”, que indaga en la cuestión del colonialismo y sus vínculos con la colonialidad, la modernidad y la violencia; y “Relecturas y debates crítico-filosóficos”, que ofrece un acercamiento a los pensadores europeos que han tenido más influencia entre la intelectualidad latinoamericana. La primera sección aborda las contribuciones críticas y filosóficas de José Carlos Mariátegui, Enrique Dussel, Bolívar Echevarría y Roger Bartra, y nos acerca a los fenómenos

de la violencia y la biopolítica en el contexto regional. La segunda muestra el impacto de la obra y las ideas de Walter Benjamin, Michel Foucault, Pierre Bourdieu y Peter Sloterdijk en su recepción latinoamericana.

El capítulo liminar indaga la actualidad del pensamiento de Mariátegui en los debates contemporáneos sobre emancipación y colonialidad, entendiendo sus disquisiciones como una “epistemología emancipada” que critica a la razón y la modernidad occidentales, toda vez que confinan las problemáticas andina y peruana –y, por extensión, latinoamericana– fuera de la órbita de categorías con un supuesto valor universal. Asimismo, destaca su distancia de la ortodoxia marxista tanto en el nivel ideológico como en el del análisis, debido a las limitaciones del marxismo en la comprensión de la *diferencia* de la periferia como hecho y conciencia marcada por la violencia colonial. Un ejemplo significativo de ese distanciamiento es que para Mariátegui la cultura no constituye una superestructura, sino una plataforma donde se resuelven los conflictos sociopolíticos, es decir “la arena en la que se dirimen los procesos de formación de identidades colectivas y las dinámicas –económicas, ideológicas, sociales– que los atraviesan” (86). Pero también su revaloración del mito como una dimensión positiva de la utopía socialista indoamericana, que haría posible una emancipación articuladora de todos los sectores sociales en torno a agendas políticas comunes, superando el paradigma estatal moderno-occidental y el triunfalismo vacío de las independencias que no